

Santa Teresa y la resurrección

Ignacio Solares

La epilepsia es un mal sagrado. Así lo vivieron y sufrieron figuras como Julio César, Dostoievski, Flaubert y Van Gogh. En las auras previas al ataque sobrevienen revelaciones, iluminaciones, éxtasis. En este texto Ignacio Solares explora la huella que este mal de la “pequeña muerte” dejara en la vida y la obra de Santa Teresa de Jesús.

¡Sed almas vivas, no muertas!
Nikolai Gogol

Para Estela Franco, que sabe del tema.

No podría entenderse la santidad de Santa Teresa sin su enfermedad y su posterior resurrección. Había nacido en la ciudad de Ávila, en marzo de 1515, y a los diecisiete años huyó de su casa para ingresar al convento de Carmelitas de la Encarnación, donde le sobrevino el primer ataque de su enfermedad, las “pequeñas muertes”, como ella las llamaba, que no eran sino ataques de epilepsia. “Aquí comenzó el demonio a descomponer mi alma, aunque después Dios sacó de ello harto bien”, escribió. Por lo pronto, las “pequeñas muertes” se sucedían con tal frecuencia que, en efecto, le provocaron un ataque de catalepsia que se prolongó durante cuatro días. Por insistencia del padre, no se le había enterrado enseguida, después de que el médico certificara su deceso. Sin embargo, al tercer día se le aplicaron los santos óleos, se le lavó y se le amortajó, se le cubrieron los párpados con cera, las monjas de la Encarnación cavaron un sepulcro en el cementerio del convento y en la capilla fue oficiada una misa por su alma.

El padre pidió aún un día más, presintiendo —“Dios le mandó la señal”— lo que sucedería. Por la noche, el hermano menor de Teresa velaba. Hacia el amanecer fue vencido por el sueño. Al despertar, vio a Teresa sentada en el féretro, todavía con cera en los ojos.

“Teníanme por tan muerta, que hasta la cera me hallé en los ojos (...) Él, que oyó las oraciones de mi padre, que

teniendo día y medio abierta la sepultura en mi monasterio, esperando ansiosamente el cuerpo allá, y aun hechas las honras fúnebres por uno de nuestros frailes, quiso el Señor que yo tornase en mí”, escribe Santa Teresa en *Su vida*. Y agrega estas líneas reveladoras: “En verdad, me sentí con tan gran espanto llegando de nuevo a este mundo, y viendo cómo parecía me resucitó el Señor como a Lázaro, que estoy temblando entre mí”.

Y es que “quedé de estos cuatro días de muerta con la lengua hecha pedazos por las mordidas, la garganta cerrada por no haber pasado nada y de la gran flaqueza que aún me quedaba que ni el agua podía pasar. Todo me daba vueltas, con grandísimo desatino en la cabeza”.

En ese estado regresa al convento, donde yace inmovilizada y atormentada por dolores que “sólo Dios podía comprender”. Por fin, cuando los padecimientos cedieron un poco y pudo arrastrarse, o poco menos, fue llevada a su celda, donde pasó más de tres años en estado de parálisis parcial y de dolorosas contracciones. No había señales de mejoría. Durante esos tres años llevó la vida de una inválida.

“Permanecía largas horas sin moverme, doliente y desalentada, contemplando distraídamente el patio, pero como si no viera nada”.

La muerte, según la relación que hace con la resurrección de Lázaro, aún no había salido de ella.

En su espléndida biografía de la santa, el médico y escritor rumano René Fulop-Miller, escribe:

“Por lo que toca al mejor tratamiento, no hay duda de que hoy hubiera necesitado tranquilizantes nerviosos y largas sesiones de psicoanálisis”.

¿Pero podía llegar el psicoanálisis a esa urdimbre en que está tan arraigada la experiencia de la muerte misma? Es, casi, como recomendarle *best-sellers* de autoayuda. ¿Qué efecto habría causado en Santa Teresa, por ejemplo, un libro que se titulara *Yo estoy bien, tú estás bien?* ¿O *Mejora tu salud con el entusiasmo?*

La realidad es que estaba más del lado de la “otra” frontera que de ésta, y recordé un libro que me causó una viva —sobre todo eso— impresión cuando lo leí: *Lázaro*, de Leonidas Andreyev, ya que la propia Santa Teresa se identifica con Lázaro al resucitar.

El hermano de Martha y de María, resucitado por Jesús, ha permanecido tres días en el sepulcro, y ha tenido que conocer los misterios de la “otra” orilla. Al volver de nuevo a la vida, podría revelarles esos misterios a los hombres que lo rodean. De ahí que todos sus amigos y conocidos acudan a él, ávidos por interrogarlo. “¿Qué hay más allá? ¿Qué se experimenta después de tres días de muerto?”. “¿Cómo es el regresar?”. Pero Lázaro no trae de “allá” nada que comunicar, sino la frustración de haber regresado. Bajo su apariencia de vida, es un cadáver que anda. De la tumba sólo ha traído su hedor y su helor y, sobre todo, su silencio. Lázaro, como Santa Teresa durante esos primeros años después de la resurrección, casi no habla. En sus labios se congelan las palabras, como en sus ojos las imágenes. Los amigos

se apartan de él porque Lázaro, glacial y taciturno, irradia también hielo y una actitud lejana e incomprensible. Nada le conmueve o impresiona. Conducido a Roma, porque la fama de su resurrección ha despertado la curiosidad del César, llega como a rastras, sin que lo despare el esplendor de la gran ciudad ni las atenciones que se tienen con él. También el César lo interroga, y no obtiene mayor respuesta. Lázaro contesta con monosílabos. “¿Fue una experiencia terrible la resurrección?”. “Sí”. “¿Está agradecido con Jesús?”. “Sí”. “¿Tiene algún proyecto para el futuro?”. “No”. Sólo la muerte se refleja en los ojos del resurrecto. César llega a sentir tal espanto, que pide que lo aparten enseguida del visitante, en el que puso tantas esperanzas de información. Luego, Lázaro ya ciego —simbólicamente ciego— regresa al desierto y, abandonado de todos, aguarda su segunda y última muerte, con la esperanza de que nadie —Nadie— vuelva a resucitarlo.

A diferencia de Lázaro, Teresa se restableció realmente en el año 1540, según nos cuenta ella misma, después de que los doctores y las monjas habían abandonado su caso como incurable. Al despertar una mañana, comprobó que sus miembros no se hallaban ya paralizados y que podía levantarse de la cama o de la silla como en otros tiempos. Ella misma atribuyó esta mejoría inesperada a la oración que, aun paralizada, realizaba siempre. “Nunca dejé de pedirle al Señor mi cura para hacer obras en su beneficio”. Y agrega: “Y también las oraciones de mi padre, que tan bien me conocía y tanta fe tenía”. ¿Será que, médicamente, no conocemos, ni calculamos aún, el poder curativo de la oración?



Giambattista Piazzetta, *Santa Teresa en éxtasis*, 1737



Ciudad de Ávila

Las monjas de la Encarnación, que habían dejado a Teresa el día anterior como a una inválida en su celda, creyeron en un milagro cuando la vieron caminar espontáneamente hacia ellas.

Nos dice Fulop-Miller: “Teresa fue restituida a la vida del convento. Pudo atender sus deberes de monja con particular energía, tomar parte en las devociones de la comunidad, cantar en el coro y visitar el locutorio. Regresó con el halo de una religiosa en quien se había cumplido un milagro”.

Teresa, a diferencia del Lázaro de Andreyev —y de tantos casos reportados por la Tanatología, de quienes regresan después de una muerte clínicamente diagnosticada— *en verdad* retornó al mundo, a este mundo de tierra, dolor y sangre, tan terrorífico y fascinante a la vez. Era la verdadera resurrección. Su actividad y fuerza de voluntad fueron ejemplares —se dice que dormía tres horas por noche, cuando mucho— y se puso a escribir libros admirables y a fundar conventos a todo lo largo y ancho de España. Pero sobre todo, rescató a su prójimo y, dice, estaba dispuesta a bajar del séptimo Cielo para llevarle un vaso de agua a su hermano sediento.

También, Fulop-Miller nos relata aquella ocasión en que, cansada de andar de un lado al otro por toda España, fundando conventos y haciendo obras de caridad, se detuvo en compañía de otras monjas en una tasca cualquiera a descansar y a comer algo, lo que fuera. Pero ahí de comer sólo había perdices asadas.

Al verla comer con tal fruición las perdices, le preguntó una de las monjas, que luego sería su biógrafa:

—Usted, madre, que es una santa, ¿no se siente mal de comer con tal deleite esos pobres pajaritos?

Y Santa Teresa contestó:

—Me siento muy mal, hija mía, pero están tan ricos...

La vida (Vida) había rescatado a una de sus hijas ejemplares.

Las experiencias de su levitación no hacen sino confirmarlo:

“Aquí, en esto que siente el alma, no hay remedio de resistir, ni de prevenir con el pensamiento. Viene una como luz en el cielo y un ímpetu tan acelerado y fuerte que sentís levantaros por esta nube como levantaría ella de la tierra los vapores, o como os levantaría esa águila caudalosa al cogeros entre sus alas. Os dejáis llevar sin saber a dónde. Y aunque es con deleite el abandono, la flaqueza de nuestra naturaleza nos hace temer faltar a nuestros principios. Por eso es menester un alma animosa, mucho más que por lo que queda dicho, por arriesgarlo todo en todo, venga lo que viniere para dejarse en manos de Dios, e ir a donde nos lleve de buen grado, pues una vez entregada el alma os llevará a donde le plazca aunque os pese (...) Algunas veces quería yo resistir y ponía todas mis fuerzas en hacerlo, como si peleara con un jayán fuerte, y quedaba con un gran quebrantamiento. Otras, era imposible, sino que se llevaba mi alma y mi cuerpo con Él, hasta levantarlo del suelo. Esto ha sido pocas veces por mi resistencia, y porque una vez fuese a donde estábamos juntas las monjas en el coro, yendo a comulgar y estando de rodillas. Dábame grandísima pena porque me parecía cosa muy extraordinaria, de la que se hablaría después mucho. Y así mandé a las monjas (porque ahora tengo oficio de priora) no lo dijesen. Mas otras veces, como comenzaba a ver que iba a hacer el Señor lo mismo y estaba en la fiesta de la vocación, tendíame en el suelo y aún así se echaba de ver cómo se elevaba mi cuerpo. Supliqué mucho al Señor que no quisiese ya darme más esas dulces mercedes que tenían muestra exterior porque yo estaba cansada de andar en tantas bocas. Pero era así, que aunque quisiera resistir, desde debajo de los pies me levantaban fuerzas tan grandes que no hay con qué compararlas. Y yo quedaba hecha pedazos por mi pelea de resistir. Y en fin poco provecho se saca de resistir cuando el Señor quiere, que no hay poder contra su poder”.

¿Podría entenderse esa “elevación” sin la sublimación de su enfermedad y luego de su resurrección? **U**